

FAROL

San Pascasio Radbert (?-hacia 849), monje benedictino
Comentario al evangelio de Mateo, 11, 24; PL 120, 799

«**Estad atentos, vigilad: porque no sabéis cuando vendrá el momento**»

Es necesario tener siempre en cuenta la doble venida de Cristo: una, cuando él vendrá y nosotros deberemos rendirle cuentas de todo lo que habremos hecho; otra, la cotidiana, cuando visita incisamente nuestra conciencia y viene a nosotros, a fin de encontrarnos a punto en el momento de su venida. En efecto ¿de qué me sirve conocer el día del juicio, siendo como soy consciente de tantos pecados? ¿De qué saber que el Señor viene, si primero no viene a mi corazón y no vuelve a mi espíritu, si Cristo no vive y no habla en mí? Entonces, sí, es bueno que Cristo venga a mí, si ante todo vive en mí y yo en él. Entonces es para mí como si la segunda venida ya se hubiera realizado, puesto que la desaparición del mundo es real en mí porque, en cierta manera, puedo decir: «El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gal 6,14).

Reflexionad también sobre esta palabra de Jesús: «Muchos vendrán en mi nombre» (Mt 24,5). Sólo el Anticristo se apodera de este nombre, aunque sea mentira... En ningún pasaje de la Escritura encontraréis que el Señor haya declarado: «Yo soy el Cristo». Porque le era suficiente mostrar que lo era a través de sus enseñanzas y sus milagros, porque el Padre estaba actuando en él. La enseñanza de su palabra y su poder clamaban: «Yo soy el Cristo», de manera más fuerte que si lo hubieran proclamado millares de voces. Yo no sé si podréis encontrar que lo ha dicho en palabras, pero lo ha demostrado «llevando a cabo las obras del Padre» (Jn 5,35) y dando una enseñanza impregnada de piedad filial. Los falsos mesías estaban desprovistos de ellas, no podían emplear más que sus palabras sostenidas por sus pretensiones mentirosas.